

JOSUÉ

Lección 4 - Capítulos 1 y 2

Esta semana abrimos el libro de Josué. Las tres primeras semanas las hemos dedicado a enlazar la historia de Israel para ayudarnos a comprender lo que Dios había hecho para conducir a Israel a este acontecimiento trascendental: la posesión de la Tierra Prometida.

Alrededor del año 1300 a.C., Moisés ha muerto. Antes de morir, Moisés subió al monte Nebo y recibió del Señor una vista panorámica y aparentemente sobrenatural de la Tierra Prometida (del mismo modo que el apóstol Juan fue "transportado en Espíritu" para tener una visión del cielo y del futuro). En algún lugar de esa montaña Moisés fue enterrado (las últimas palabras de Deuteronomio dicen que fue enterrado por Dios), y hasta el día de hoy nadie conoce la ubicación precisa de su tumba.

Abran sus Biblias en el capítulo 1 de Josué.

LEER JOSUÉ CAPÍTULO 1

Para que no quede ninguna duda sobre la posición de autoridad de Josué sobre Israel y el estatus único de Moisés ante el Señor, se afirma en el primer versículo. Allí se nos dice que Moisés era el siervo de Dios (siervo de Yehoveh, en realidad) y que Josué era un ministro (u oficial, o mayordomo) de Moisés. El término "siervo de Dios" era un estatus muy elevado reservado sólo a un puñado de hombres en la Biblia, y más tarde fue sinónimo del término Profeta.

Moisés era el mediador supremo de Israel, incluso superior al Sumo Sacerdote, y Josué era el ayudante de Moisés. Sería totalmente incorrecto decir que Josué sustituyó a Moisés porque la posición de Mediador en su forma más elevada no fue transmitida a Josué ni a nadie más durante 13 siglos hasta que apareció Yeshua, el hijo de Dios, el ungido que sería traspasado y moriría por los pecados de todos los hombres. Y aunque tanto Moisés como Yeshua fueron Mediadores, por supuesto Yeshua estaba un escalón más arriba porque Él era y es Dios, y Moisés no.

Josué, de hecho, realizaría algunos actos de mediación entre Israel y Yehoveh, incluso se le llamaría mediador en ocasiones (pero también lo eran los Sumos Sacerdotes), pero no en la posición de Moisés. Sin embargo, Josué era la autoridad humana suprema sobre Israel a partir de la muerte de Moisés, era la elección del Señor, y de esto la Biblia no deja ninguna duda.

En el versículo 2 se le dice a Josué que ahora que Moisés ha muerto, se levante y guíe a Israel para cruzar el Jordán. Esta instrucción habría llegado 30 días después de la muerte de Moisés, debido a la norma 30 días de luto durante los cuales Israel no se movió. Más adelante se nos dirá que una de las primeras cosas que hizo Israel después de cruzar a Canaán fue celebrar Pésaj, la Pascua judía. Como sabemos que la Pascua tiene lugar el día 14 del primer mes del año, se deduce que Moisés murió poco más de 30 días antes, en el duodécimo mes del año

que acababa de concluir. Según la tradición, Moisés murió el día 7 de Adar, el duodécimo mes del calendario hebreo.

Era necesario que Moisés muriera antes de que Israel cruzara a la Tierra Prometida porque este arreglo era un castigo divinamente ordenado para Moisés por romper la fe con el Señor cuando Moisés golpeó una roca con su bastón (para que saliera agua para llenar una necesidad de los hebreos que estaba guiando), pero había sido instruido por Dios para HABLAR a la roca. Ese es el punto de enfatizar la muerte de Moisés en estos pasajes iniciales, porque Israel estaba obligado a NO entrar en Canaán hasta que Moisés se hubiera ido.

También es importante que sepamos que antes de morir Moisés ofició un cambio de nombre para su protegido. El nombre de Oseas hijo de Nun fue cambiado a Yehoshua. En español diríamos que Oseas se convirtió en Josué. En hebreo Hoshea significa "él salva", y Yehoshua significa "Yah salva" (Yah o Yeh es simplemente una contracción de Yahweh o Yehoveh, dependiendo de cuál sea su pronunciación preferida del nombre personal de Dios). Es idéntico al nombre de nuestro Mesías. Yeshua o Yahshua no era sino una forma posterior de decir Josué en hebreo.

Los primeros 5 versículos de Josué sirven como una especie de prólogo en el que se resumen y repiten las promesas y definiciones relativas a la tierra que Dios pretendía que heredaran los descendientes de Abraham, a partir de pronunciamientos anteriores de la Torá. Había DOS tipos de tierra que debíamos tener en cuenta: la Tierra Prometida que estaba reservada sólo para Israel y que se encontraba al oeste del Jordán, y la tierra que el Señor había permitido poseer a una parte de Israel (aunque no formaba parte de la Promesa) y que se encontraba al este del Jordán.

La tierra que se encontraba al este era ahora el territorio tribal oficial de Rubén, Gad y la mitad del pueblo de la tribu de Manasés; era la tierra que Moisés había llevado a Israel a conquistar como una especie de base desde la que atacar Canaán. Esta tierra al este del Jordán no estaba destinada a Israel, pero esas 3 tribus prefirieron detenerse y establecerse allí en lugar de seguir adelante. Moisés lo permitió a condición de que esas 3 tribus proporcionaran un número considerable de tropas para el ejército de Josué en su avance sobre los habitantes de Canaán.

Que Moisés dirigiera al pueblo en la conquista de la tierra al este del Jordán es prueba de por sí de que NO podía haber sido parte de la Tierra Prometida, ya que Dios había decidido años antes que Moisés tenía prohibido poner el pie allí.

El versículo 4 nos da una definición amplia de la región que Yehoveh destinaba a Israel. Empezaba en el sur, en lo que suele llamarse el desierto o el yermo, y esto se refiere a Cades, en el extremo sureste de Canaán. El Líbano (sí, el mismo Líbano que conocemos hoy) era el límite general septentrional de la Tierra Prometida; es decir, el Líbano estaba INCLUIDO como parte de la Tierra Prometida. Al noreste el límite era el río Éufrates y al este el Jordán. El límite occidental era la costa mediterránea. De todas las fronteras señaladas, la del norte es la menos definida y comprendida.

Hay esta referencia a la "toda la tierra de los hititas" en el versículo 4 que ha causado algo de desacuerdo entre los eruditos porque los hititas fueron una civilización grande, poderosa, rica y avanzada que ocupó lo que hoy es Turquía, al norte del Líbano. A efectos prácticos, los hititas eran un imperio que dominaba la región en aquella época. La mayoría de los expertos ya no creen que sea a esa zona de Turquía a la que se hace referencia cuando se habla de "toda la

tierra de los hititas", sino que está bien documentado que los hititas tenían varios asentamientos y puestos avanzados por toda la Tierra de Canaán y son esos asentamientos dispersos los que se están identificando.

En términos modernos y de acuerdo con las fronteras nacionales actuales, esto significa que la Tierra Prometida reservada a Abraham incluye todo el Israel actual, lo que se denomina Cisjordania (un nombre terrible pero políticamente correcto para lo que en realidad es Judea y Samaria en tiempos de Jesús), Líbano y gran parte de Siria. También incorpora un poco más del Sinaí de lo que Israel posee en la actualidad, pero no mucho, porque el límite más meridional está generalmente acordado que es un lecho de río seco llamado Wadi el-Arish (el Arroyo de Egipto) que se encuentra a unas 20 millas al sur de la ciudad de Gaza. Sin embargo, esto significa que el territorio formal de la Tierra Prometida incluye TODO lo que hoy se conoce como la Franja de Gaza.

Que las fronteras definidas en el versículo 4 son las que Dios ha apartado como tierra para su pueblo Israel es innegable. Que algunos oficiales de la iglesia argumenten que la Tierra Prometida NO incluye Gaza, o incluso Ashkelon y Ashdod (ciudades actualmente en manos israelíes); que esta tierra tampoco debería incluir Judea y Samaria (Cisjordania) y los Altos del Golán, es el epítome de la ignorancia de la letra clara de la Biblia, apostasía de la Palabra de Dios, incredulidad y rebelión, o tal vez una combinación de todo lo anterior. Permítanme dejar perfectamente claro que Seed of Abraham Ministries (Torah Class, Holyland Marketplace, y cualquier otro ministerio que el Señor considere oportuno que emprendamos) se basa en las definiciones del Antiguo y Nuevo Testamento de la Tierra Prometida y no acepta ninguna otra.

Todo pertenece a Israel porque todo pertenece a Dios. No cambian nada las realidades geopolíticas, el desprecio al pueblo judío por parte de la mayoría de la Iglesia, el deseo de gran parte del mundo árabe y musulmán de que ni la tierra de Israel ni el pueblo judío sigan existiendo, ni siquiera la propensión de nuestros líderes gubernamentales y políticos a transigir y apaciguar a nuestros enemigos utilizando a Israel y a su pueblo como moneda de cambio. La verdadera realidad es la voluntad soberana de Dios; todos los planes e intenciones humanas de hacer cualquier otra cosa no son más que un vano esfuerzo por frustrar Su voluntad, y eso es algo insensato y peligroso de intentar.

Una cosa es que un mundo irredento juegue esa posición; pero para aquellos judíos que profesan ser los elegidos de Dios, y para aquellos gentiles que profesan confiar en el Mesías hebreo para la salvación eterna, negar que la promesa a Abraham permanece intacta es aún más atroz. Prometamos no dar nunca la espalda a la Palabra de Dios ni a Israel, independientemente de lo que percibamos que pueda costarnos en amistades e incluso en relaciones familiares, porque nuestra relación con el Señor lo supera todo.

En el versículo 5 el Señor hace una promesa directamente a Josué: nadie lo usurpará. Así como en el caso de Moisés el pueblo se amotinó y cometió rebeliones, los ancianos desafiaron su liderazgo, su propia familia se quejó contra él, hubo muchas batallas contra enemigos extranjeros que pusieron a Moisés en peligro, y aunque sólo se insinúa que hubo complots contra su vida, el Señor no permitió que Moisés fuera destronado y apartado. Lo mismo sucederá con Josué; el Señor dice que estará con Josué como estuvo con Moisés, y que Josué no será reemplazado ni derrocado. Y como veremos al final del libro, no lo fue.

Una vez que Josué comprende que ha alcanzado una posición que no puede ser derrotada por ningún hombre, y que no le será arrebatada por el Señor, se le dice a Josué que tenga valor y que debe tenerlo en relación con dos cosas: la tierra y la Ley. Primero, la tierra; no iba a ser

simplemente entregada a Josué; Israel tendría que luchar por ella. Israel tendría que hacer la Guerra Santa, instituida por Yehoveh, contra los inquilinos malvados de la tierra de Dios que necesitaban ser desalojados físicamente. Josué va a tener sus días malos; muchos israelitas van a ser mutilados y asesinados en el proceso. Sin embargo, siempre debe recordar que el Señor simplemente está permitiendo que Su plan se lleve a cabo y Josué debe usar una combinación de sus mejores esfuerzos más la guía de Dios para finalmente lograr la victoria.

La segunda área en la que Josué debe ser valiente es la Ley, la Torá. Josué debe observar (y hacer que Israel observe) la Ley de Dios. Esto también requerirá un coraje grande y constante, porque al igual que le sucedió a Moisés, muchos del pueblo se resistirán y lucharán contra la verdad de la Torá con uñas y dientes. Josué, como Moisés, se cansará de exhortar y confrontar continuamente a su pueblo para que permanezca fiel al Dios Único y a Su Torá. Muchos de los que escuchan y leen estas palabras ya han experimentado algo así en sus vidas; repetidamente se nos obliga a dar explicaciones.

Constantemente se les acusa de ser legalistas, de abandonar la gracia y elegir la ley para salvarse, o de estar en una secta. Algunos de ustedes han sido acusados del imperdonable crimen de intentar convertirse en judíos, o peor aún, de afirmar que Jesús era en realidad judío cuando la mayoría de sus amigos cristianos están bastante seguros de que era un europeo de piel clara nacido con un nombre griego. Es agotador y a veces desalentador enfrentarse a estas cosas día tras día, pero el Señor dice que tengamos valor. No para tener emociones perfectamente firmes, ni para pensar que una derrota ocasional (e inevitable) significa que Él te ha abandonado. La batalla va a ser larga (toda tu vida, en realidad) y a veces peligrosa y aterradora.

De hecho, creo que en cierto modo la historia de Josué luchando por Canaán es el modelo de nuestra batalla de toda la vida en la tierra como redimidos de Dios. Nuestro supuesto caminar con Dios se parece más a una Guerra Santa prolongada que termina sólo cuando el Señor la termina en un lugar llamado Har-Megiddo (Armagedón). Tendremos breves períodos de euforia y victoria, seguidos por períodos más largos de trabajo duro y batallas difíciles, algunas terminando en aparente derrota. Esperar otra cosa es prepararnos para perder la esperanza o incluso la fe. El Señor estaba preparando a Josué para los rigores y las duras realidades que le esperaban; pero para él, como para nosotros, la victoria final está asegurada.

En el versículo 10 la dinámica da un fuerte giro; hasta ahora el Señor ha estado instruyendo y animando a Josué; ahora es el momento de actuar. Josué comienza dando sus primeras órdenes a los oficiales de su ejército, que son también los líderes del campamento de Israel. Primer paso: organizarse y prepararse. Israel debe prepararse para levantar el campamento, por lo que deben reunir alimentos y provisiones, ya que en 3 días se dirigirán hacia el Jordán.

En el pasado me han preguntado si Jordán (Yarden) es una palabra hebrea y, en caso afirmativo, qué significa. En realidad, es hebrea y significa "que desciende de Dan"; en otras palabras, el río desciende, fluye desde la ciudad de Dan. Algunos de ustedes me han acompañado en la gira y hemos visto la gruta de Paneas, que es esencialmente la cabecera del Jordán. El nombre se acortó con el tiempo a la Gruta de Pan, y se encuentra en Cesarea de Filipo. Ahora bien, si usted está prestando atención a lo que acabo de decir: el río lleva el nombre de la tribu de Dan, pero habrá que esperar un siglo o más después de la muerte de Moisés para que Dan ocupe la cabecera del río que lleva su nombre.

Obviamente, entonces, el Yarden es un nombre muy posterior para ese río, por lo que ha sido insertado en la Biblia a lo largo del tiempo para que la gente sepa qué río es el que se está

identificando. ¿Cuál era el nombre anterior del Jordán antes de llamarse Jordán; el nombre que probablemente usaban los cananeos? Nunca lo he descubierto, por mucho que lo intente. Esta práctica de sustituir los antiguos lugares, ríos y ciudades por nombres más nuevos es habitual en la Biblia, que se ha copiado y editado a lo largo de los siglos.

Josué sigue dando órdenes en el versículo 12: al igual que las nueve tribus y media se preparan para cruzar el Jordán, es el momento de que las dos tribus y media (que ahora reclaman la tierra de la orilla oriental del Jordán como su herencia) aporten la asignación de tropas que prometieron cuando Moisés aún vivía. No se pidió a las poblaciones civiles de Rubén, Gad y la mitad de Manasés que acudieran; de hecho, sólo debía acudir una parte de los combatientes disponibles.

Pero los que vinieran debían ser las tropas más fuertes, las mejores. Aquí es donde la cosa se pone delicada, pero no es realmente evidente hasta que se lee entre líneas: estas tropas estaban obligadas a ir, pero ¿por cuánto tiempo? El versículo 15 dice: "hasta que el Señor haya dado descanso a vuestros hermanos...". Estas tropas que realmente no tenían nada personal que ganar (ya tenían su tierra) tenían que luchar junto a sus hermanos hasta que todas las demás tribus hubieran conquistado las regiones que les habían sido asignadas. ¿Cuánto tiempo llevaría esto? Quién lo sabe. Y no sólo eso, ¿quién determina lo que constituye una victoria y un estado de estabilidad suficientes para que esas tropas sean liberadas y puedan volver a casa?

¿Te parece familiar todo esto? Los problemas a los que nos enfrentamos en Irak, al intentar determinar cuándo pueden volver a casa nuestras tropas, se basan en determinar a qué equivale un nivel suficiente de seguridad. También se basa en cuándo el ejército autóctono (el ejército iraquí) es capaz de gestionar por sí solo la seguridad de la nación. Estas cuestiones y dilemas no son exclusivos de los tiempos modernos; siempre se han aplicado a los intereses nacionales y a la guerra. Josué, y las diversas tribus israelitas con sus diferentes prioridades, tienen que resolver esto y es un asunto delicado.

La respuesta es que Josué determinará cuándo esas tropas pueden deponer las armas, cruzar de nuevo el Jordán y volver a casa, cumplida su promesa; y el problema es que la autoridad de Josué sobre esas dos tribus y media que han tomado su herencia FUERA de la Tierra Prometida, al este del río Jordán, es bastante ambigua. ¿Tendrá Josué la misma autoridad sobre ellos que sobre las nueve tribus y media que van a poseer la Tierra Prometida? ¿Las tribus que rechazaron su herencia dentro de la Tierra Prometida seguirán formando parte de la confederación tribal de Israel tanto como las que la aceptaron?

Este era un problema político muy real y crítico de cierta proporción; si esas dos tribus y media se negaban a reconocer el liderazgo de Josué habría una posibilidad real de guerra entre las nueve tribus y media contra las dos y media al mismo tiempo que Israel intentaba conquistar docenas de tribus cananeas y ciudades-estado; todo el esfuerzo habría estado en duda. De hecho, más adelante en Josué, veremos que la guerra entre esos dos grupos estuvo a punto de ocurrir.

Bueno, gracias al Señor por los pequeños favores, las dos tribus y media responden (en los versículos 16 y 17) que harán todo lo que prometieron a Moisés, y que se someterán a Josué como si fuera Moisés. Por cierto, a medida que leamos más de Josué veremos que, en efecto, se mantuvieron fieles a su palabra.

Permítanme también comentar brevemente el uso de la palabra "descanso"; en hebreo nuach

(se utilizó cuando los líderes de las dos tribus y media acordaron ayudar a sus hermanos a obtener "descanso" en sus territorios asignados. Hasta ahora el término principal utilizado para hablar de la redención de Israel era "herencia"; heredarían la tierra. Pero ahora empezaremos a ver más y más uso bíblico del término descanso y, por supuesto, veremos el término "descanso" usado como punto focal de la redención en el Nuevo Testamento. El tipo de descanso del que habla nuach es la liberación divina.

También habla de un cese de las labores vigorosas. El descanso es una promesa hecha al pueblo de Dios tanto como lo es la herencia de la tierra. El Sabbath que comenzó al principio del mundo se trataba del descanso, y se trataba del descanso del Señor. El Sabbath dado a Moisés era sobre el descanso, y era sobre la humanidad descansando. Isaías habló del descanso (nuach) como algo que se aplicaba a la buena vida que un pueblo obediente de Dios podía razonablemente esperar. El descanso incluso se convirtió en un término aplicado a los profetas de Dios que obtenían el Espíritu Santo para que pudieran hablar el mensaje de Dios al pueblo de Dios, y por supuesto leemos del Espíritu Santo posándose sobre varios hombres y reyes para que el Señor pudiera usarlos para los propósitos del Reino. ¿Quién podría olvidar la vívida escena de Jesús siendo bautizado por Juan el bautista cuando el Espíritu Santo descendió como una paloma y "reposó" sobre Jesús, o cuando en Shavuot, Pentecostés, ¿el Espíritu Santo vino como lenguas de fuego y "reposó" sobre las cabezas de aquellos judíos ordinarios que creyeron en el Señor Yeshua para salvación?

El descanso era ahora un medio y un objetivo de redención.

Es bueno para nosotros ver que lo que ha sido establecido por el escritor de Josué es que Israel, las 12 tribus, están unificadas en propósito en este punto de la historia. Aunque algunos israelitas vivirán fuera de la Tierra Prometida, y por lo tanto tendrán que lidiar con circunstancias diferentes en su vida diaria que sus hermanos que viven en el lado oeste del Jordán, se ha afirmado una unidad; una unidad que se centra en Yehoveh su Dios, y en su único líder, Josué.

También vemos cómo se pretende que funcione el liderazgo piadoso cuando los líderes y el pueblo miran como uno solo hacia su comandante supremo, el Señor Dios. Se establece un paradigma que tiene en su centro una organización en la que un hombre comanda a varios oficiales, que a su vez comandan a más, que luego salen entre el pueblo y llevan un mensaje con un mismo espíritu a un pueblo dispuesto a aceptarlo para que todos marchen ordenadamente hacia una meta ordenada por Dios.

Este paradigma es un modelo maravilloso para la Iglesia. Vivimos dispersos por el mundo, en muchas tierras con circunstancias y realidades cotidianas diversas. Somos judíos y somos gentiles. Tenemos agendas diversas y vivimos bajo una amplia gama de sistemas políticos y económicos. Se han desarrollado cientos de tradiciones culturales y sociales que giran en torno a sus lenguas particulares y a siglos de historia nacional. Somos de diferentes colores, formas y tamaños. Josué se preguntaba cómo podía mantener unidas en espíritu y con el propósito común de establecer un reino de Dios en la tierra a un grupo de 12 tribus, cada una con sus propios intereses tribales reinantes, que pronto estarían separadas geográficamente.

La clave para Josué era la misma que para la Iglesia: mantener una identidad común; y esa identidad es la de un pueblo apartado del mundo que confía en el Dios de Israel y que trabaja para seguir y cumplir su voluntad. Pero también significaba que era necesario un entendimiento común de lo que significaba la voluntad del Dios de Israel necesaria y, como ha sido el énfasis desde el Monte Sinaí, la fuente primaria para conocer y establecer la voluntad de Dios para

todo Su pueblo era la Torá.

Pasemos al capítulo 2.

LEER JOSUÉ CAPÍTULO 2

Este capítulo incorpora algunos de los mayores dramas y personajes más memorables de la Biblia: la batalla de Jericó y la irónica heroína femenina, una prostituta cananea, Rahab, que profesó su fe en el Dios de Israel.

Jericó es aún hoy un lugar asombroso; es un poco arriesgado aventurarse allí actualmente (y para un occidental en particular) porque es territorio controlado por los árabes palestinos, aunque muchos de los árabes locales siguen siendo amables y agradecidos por su negocio en este pueblo degradado donde hace sólo 8 o 9 años era un sitio turístico próspero.

Afortunadamente, el Tell de la antigua ciudad de Jericó se encuentra a unos cientos de metros del pueblo actual, por lo que se pueden realizar excavaciones exhaustivas. Con un poco de valentía, un visitante puede contemplar las murallas de la antigua ciudad, la mayoría derruidas y otras prácticamente intactas, y estoy seguro de que al menos algunos de ustedes lo han hecho. Yo tuve el privilegio a principios de los 90 y no quería marcharme del lugar. Para mí, sólo la Ciudad Vieja de Jerusalén ocupaba el segundo lugar en la lista de lugares asombrosos de Israel.

En general, se admite que Jericó existió antes del diluvio universal y, como suele ocurrir con los lugares antiguos, ha sido destruida y reconstruida en numerosas ocasiones. La arqueología moderna confirma la ubicación de Jericó, por lo que no cabe duda de que lo que vemos hoy es auténtico. Es la ciudad más baja del mundo, casi 300 metros por debajo del nivel del mar (así que puede imaginarse lo que ocurrió cuando Dios destruyó el mundo con aquel diluvio de 40 días).

Está a unos 10 km al norte del Mar Muerto y a unas 2 horas a pie del río Jordán. Algunas de las murallas que se pueden ver hoy en día tienen unos 3.500 años, aunque bajo ellas hay muros que datan de hace 5.000 años. Bajo ellas hay grandes estructuras de piedra que datan de hace 10.000 años. De hecho, también parece que desde la época de la destrucción que leeremos en Josué, la ciudad estuvo abandonada hasta alrededor del siglo VII u VIII a.C. y luego fue reconstruida para volver a ser abandonada durante varios siglos, habitada de nuevo, y el ciclo se repitió hasta los tiempos modernos.

Josué dio instrucciones a dos espías, exploradores avanzados, para que fueran a examinar la situación en la primera fortaleza enemiga que Israel encontraría al cruzar el río Jordán. Para entonces Israel se había desplazado una corta distancia hasta un lugar llamado Sitim, que significa "Árboles de Acacia". Shittim estaba situado en la orilla oriental del Jordán y hoy se conoce como Tell el-Hammam en la nación de Jordania. Al igual que Jericó, se encuentra a unos 10 km al norte del Mar Muerto y a sólo 11 km del río Jordán, por lo que era el punto de partida perfecto para que Israel se lanzara al asalto de Canaán.

Josué, que es un general experimentado, sabe que debe tener una buena idea de a qué se enfrentan para poder formular un plan de batalla adecuado. Ahora bien, algunos teólogos han acusado a Josué de falta de fe debido a su envío de estos dos espías; esto viene de aplicar a este acontecimiento el tono de la historia cuando los líderes de Israel, tantos años antes, dijeron a Moisés que antes de entrar en Canaán necesitaban que algunos exploradores

salieran y vieran qué tipo de oposición encontraban; y es un error ver esto como la misma situación. Recordemos que Moisés envió 12 espías (uno de cada tribu) porque cada jefe tribal quería estar debidamente representado y no estaba dispuesto a aceptar el informe de alguien de otra tribu.

Por lo tanto, cada príncipe tribal envió a su propio hombre seleccionado a dedo y leal sólo a él. En pocas palabras vimos que esos 12 espías NO iban a Canaán para que se trazaran planes de batalla, iban por miedo y temor de parte de los líderes de Israel. Esto NO era algo que Moisés quisiera hacer o que Dios ordenara, más bien esto era un acto de escepticismo. Este fue un acto que demostró que no confiaban en el Señor; los líderes de Israel prefirieron tomar sus PROPIAS decisiones en cuanto a si irían o no a la Tierra Prometida. Los resultados fueron que 10 espías dijeron que atacar Canaán sería un suicidio, pero 2 tenían una opinión diferente.

Todos los 12 estuvieron de acuerdo en que el enemigo era numeroso y estaba bien fortificado; pero los 10 dijeron que esta realidad significaba que debían renunciar a su intento de entrar. Los 2 dijeron que Dios les había prometido la tierra, así que no importaba lo bien preparados que estuvieran los cananeos o cuántos fueran, y que Israel debía seguir adelante para reclamar la promesa de Dios a Abraham. Todos conocemos los resultados de aquella incursión y la decisión final que acabó con aquella generación muriendo sin que nunca se le permitiera entrar en la Tierra Prometida.

Eso no es lo que estaba sucediendo aquí en Jericó. Este envío de 2 espías no era para decidir si atacar o no, sino para añadir información sobre cómo atacar. Note que la identificación de los 2 espías y las tribus que representaban no eran lo suficientemente importantes como para registrarlas; más bien ellos iban en esta misión en nombre de todo Israel y Josué, no del liderazgo tribal individual. Se trataba de la preocupación de Josué por ser diligente en su deber y cuidadoso con las preciosas vidas del pueblo que el Señor le había confiado.

La instrucción de Josué era ver tanto Jericó COMO la tierra; esto sólo significaba el área entre Sitim y Jericó. La idea era que exploraran una buena ruta y determinaran la fortaleza y preparación de las defensas de Jericó. Se hace hincapié en que los espías fueron enviados en secreto, lo que significa que sólo Josué, los espías, y tal vez un par de sus oficiales más cercanos sabían de la incursión. Esto contrasta con la historia de los 12 espías enviados por el comité 38 años antes, y el pueblo esperando ansiosamente su regreso y su informe.

Los 2 espías llegaron a la ciudad de Jericó e inmediatamente fueron a la casa de una prostituta cananea llamada Rahab. Algunos destacados eruditos judíos, como Rashi, dicen que puede que no fuera una prostituta, porque la palabra hebrea zonah no indicaba necesariamente ramera, aunque era el uso más común del término. Algunas traducciones de la Biblia siguen a Rashi (y a Josefo, por cierto) y dicen que Rahab NO era prostituta sino posadera.

En realidad, a medida que se conocen mejor las antiguas culturas de Medio Oriente, es muy posible que fuera a la vez prostituta y posadera. La narración da a entender que la casa en la que vivía y en la que entraron los espías era de su propiedad; algo que habría sido inusual para una simple ramera. Las primeras posadas en las que los viajeros cansados podían detenerse durante uno o dos días estaban siempre dentro de las murallas de las ciudades. Eran poco más que un lugar de cobijo, con algún tipo de cama o estera disponible que les proporcionaba protección frente a bandidos y animales salvajes y, por supuesto, les brindaba la oportunidad de disfrutar de la compañía de mujeres.

La prostitución no se consideraba algo malo o inmoral en la mayor parte del mundo; era tan

común como cualquier otro oficio. Era tan común que los sacerdocios paganos incluso abrían sus propios burdeles como medio de ganar dinero para administrar el enorme número de Templos dedicados a su igualmente enorme número de dioses. Por lo tanto, como muchas de las leyes y reglamentos que veremos en la Torá, la prohibición de la prostitución común y religiosa entre los israelitas por parte de Yehoveh fue otro medio de separar a Israel de todos los demás pueblos. Desgraciadamente, como veremos a lo largo de la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, la prostitución seguía arraigada en la sociedad hebrea a pesar de estar mal vista.

Que la casa dentro de las murallas de Jericó que visitaron los espías era un lugar conocido por los viajeros es evidente por su ubicación lógica y conveniente a la muralla de la ciudad y la puerta de la ciudad. Cuando el rey envió a sus soldados a preguntar por los dos forasteros, se dirigieron inmediatamente a Rahab porque su establecimiento era la posada de la ciudad donde era más probable que se alojara cualquier viajero.

Detengámonos aquí y retomaremos la historia de Jericó, Rahab y los espías la próxima semana.